

intentó otro ataque cinco días después, pero con el mismo éxito (6). En cuanto á la sección del coronel Vadillo, se asegura que fué arrojada de la hacienda Yaxché en el estado más lastimoso (7).

Rechazados los bárbaros de Bolonchenticul y de Hopelchén, sus respectivos comandantes volvieron á su táctica de expedicionar en las inmediaciones, con el objeto de perseguir sin tregua á los sublevados. Estas expediciones abrazaban cada día una área más extensa; pero estaban muy lejos de producir los resultados que habrían podido esperarse, porque Trujillo y Baqueiro obraban independientemente el uno del otro. D. Justo Sierra se expresó enérgicamente contra esta independencia en su periódico *El Fénix*, y sea que hubiese sido escuchado, ó por cualquier otro motivo, la verdad es que ámbos comandantes se pusieron de acuerdo, al menos por una vez, y las fuerzas de Trujillo se unieron á las de Baqueiro el 27 de abril en Hopelchén. Ambos avanzaron entonces hasta el remoto pueblo de Iturbide, y el 5 de mayo habían ya vuelto al punto de su partida, después de haber batido á los bárbaros que intentaron oponerse á su marcha, haciéndoles un rico botín y considerable número de prisioneros (8).

Desde este momento las expediciones al campo enemigo se hicieron más frecuentes y eficaces. El teniente coronel Baqueiro desplegó una actividad incansable en la presencia del enemigo. Operando en la región meridional del distrito, ocupó sucesivamente los pueblos de Komchén y Gibalchén, sosteniendo frecuentes ataques con los sublevados. En uno de estos encuentros, una vivandera llamada María Encarnación Rea, tomó el fusil de un soldado que cayó muerto á su lado, y se batió con heroísmo hasta que fué derrotado el enemigo (9).

(6) "El Fénix," números 26, 28, 30 y 33.

(7) Baqueiro, Ensayo histórico, tomo II, capítulo III.

(8) "El Fénix," números 38 y 39.

(9) Boletín oficial, 2.ª época, número 16.

Resultados iguales, aunque en mayor escala, obtenía el coronel Trujillo, en la región inmediata situada á espaldas de la cordillera. Sus fuerzas más numerosas que las de Baqueiro recorrieron mayor extensión de territorio, batiendo á los indios donde los encontraban y no perdonando medio alguno para agotarle sus recursos. Xul, Santa Rosa, Becanchén, Moreno y otros pueblos y ranchos de la comarca eran frecuentemente reconocidos en estas expediciones, y las tropas volvían generalmente cargadas de maíz, caballos, prisioneros y familias enteras que se presentaban. La confianza comenzó á renacer desde entonces en el partido de los Chenes, y Bolonchenticul, Hopelchén y algunos otros lugares bien pronto se vieron repoblados por muchos de sus antiguos habitantes.

En resumen, al entrar el otoño de 1849, así en el distrito de Campeche, como en el oriente y sur de la península, el ánimo de los indios había decaído de tal manera, que ya no se les veía, como ántes, tomar la iniciativa en las operaciones de la guerra. Se limitaban á defenderse (y casi siempre con debilidad) cuando eran perseguidos en sus mismas guaridas, por las expediciones que con frecuencia salían de nuestros cantones avanzados. ¿De qué dimanaba este cambio? ¿Porqué las hordas salvajes que el año anterior habían conquistado palmo á palmo las tres cuartas partes de la península, retrocedían ahora casi sin combatir, ante los soldados de la civilización? Arrojemos una mirada al campo de los sublevados para buscar la explicación de este enigma.

Recordará el lector que Manuel Antonio Ay, Cecilio Chí y Jacinto Pat fueron los tres caudillos principales que promovieron la insurrección indígena. Fusilado Ay ántes de que se disparase el primer tiro de esta guerra desastrosa, los dos últimos fueron los únicos que de pronto se

pusieron al frente del levantamiento. No tardó en aparecer sin embargo una tercera entidad, que vino á suceder á la víctima en el lugar que le correspondía. Llamábase el nuevo caudillo Florentino Chan, con cuyo nombre habrán tropezado varias veces los ojos del lector en las páginas de este libro. Púsose fácilmente de acuerdo con sus compañeros y se le dió el mando del oriente, mientras Cecilio Chí tomó el del centro y Jacinto Pat el del sur. Con sujecion á este arreglo se hicieron las campañas de 1847 y 1848; pero cuando el avance de nuestras tropas redujo á los indios á los bosques y desiertos, en que la division de zonas podía ya ser considerada como irrisoria, Cecilio Chí se retiró á un paraje, llamado Chanchén, situado entre Tihosuco y Valladolid. Notóse sin embargo desde los primeros meses del año de 1849 que su nombre había dejado de sonar en los encuentros que á cada paso tenían los bárbaros con nuestras tropas. Comenzaron á hacerse diversas conjeturas sobre este silencio, y un periódico de la época consignó el rumor de que había muerto de un ataque de apoplejía (10). Indagaciones posteriores vinieron luego á rectificar esta noticia, no en cuanto al fondo, sino en cuanto á los detalles. He aquí la version que nos parece mas verosímil, á pesar de los tintes romancescos de que se halla revestida.

Cecilio Chí compartía su lecho con una mujer que le había seguido en todas sus campañas, mas bien acaso por miedo que por amor. Ella amaba en efecto á un secretario del caudillo, llamado Atanasio Flores, el cual para disimular la pasion de que se había dejado arrastrar, había ocurrido á un expediente, que no por antiguo y gastado, deja de producir generalmente el éxito que se busca. Se había entregado con calor á la devocion, y solo se le veía soltar el rosario y las novenas, cuando Cecilio Chí le ocu-

(10) "El Fénix," número correspondiente al 15 de abril de 1848.

paba en el despacho de su correspondencia. Esta monomanía religiosa llamó la atencion del caudillo, y un dia en que quiso averiguar su causa, los celos hicieron estallar la cólera entre los dos rivales, y el secretario quedó tan mortificado de las increpaciones de su interlocutor, que tomó la firme resolucion de vengarse.

No le faltaba audacia para ejecutar su designio, y habiéndose escondido un dia tras de la puerta de la casa de paja en que se hallaba el cuartel, descargó un fiero machetazo sobre la cabeza de Cecilio Chí, en el momento en que pisaba el umbral de aquella puerta. El caudillo quedó muerto en el acto; pero sorprendido *in fraganti* el asesino, se vió en la necesidad de sostener un combate desesperado con los que querian aplicarle la pena del talion. Se dice que logró encaramarse en uno de los maderos que atravesaban la casa, y que desde allí descargaba sobre sus agresores los fusiles del cuartel, que tenia al alcance de su mano. Se añade que el rumor de esta escaramuza llegó hasta el canton inmediato de Nohyaxché, y que habiendo venido de allí una fuerza de 200 hombres mandada por Atanasio Espadas, el audaz secretario fué víctima de la primera descarga que le dirigió.

El cadáver de Cecilio Chí fué inhumado al dia siguiente en Tepich, no solo acaso porque era el lugar de su nacimiento, sino tambien porque allí habia tenido su cuna la insurreccion. En cuanto á la mujer que habia tenido la culpa de este doble asesinato, no sobrevivió veinte y cuatro horas á sus víctimas, porque amaneció colgada de un árbol á las inmediaciones de Chanchén. El temor de correr igual suerte que su cómplice, la obligó sin duda á tomar esta resolucion desesperada (11).

(11) Esta relacion es debida al mismo Atanasio Espadas que figura en ella, y el cual se presentó mas adelante á las tropas del gobierno, segun veremos en su lugar. Nuestro amigo el historiador D. Serapio Baqueiro, nos ha asegurado al ménos haberla escuchado de sus propios labios.

Este suceso habia tenido lugar, segun los cálculos mas probables, en la primavera de 1849. En setiembre del mismo año, un nuevo asesinato verificado en la persona del caudillo mas prominente de la insurreccion, vino á producir un estrago mas trascendental todavía en el campo de los rebeldes. Poseemos sobre este hecho mejores datos que sobre el anterior.

Jacinto Pat, empujado sucesivamente de Peto, Tihosuco y Culumpich por las victoriosas huestes del gobierno, habia acabado por establecer su cuartel general en Tabi, rancho de su propiedad. Desde allí habia dirigido los sitios de Tihosuco, de Saban y Bacalar; y los hechos que dejamos consignados en los capítulos anteriores demuestran la energía y la inteligencia que habia desplegado para dejar bien puesto el honor de sus armas. Pero la campaña se habia prolongado demasiado y los recursos del caudillo comenzaron á agotarse á mediados del año. Se hacia necesario reponer la inmensa cantidad de pólvora y plomo que se habia consumido en la campaña, y no habia dinero para comprarla á los filantrópicos hijos de Belice, que siempre se hallaban dispuestos á venderla. En 1847 y 1848 se hacian estas compras ó cambios con los objetos que pillaban los bárbaros en las poblaciones que nos ocupaban. Pero reducidos despues á los bosques, el pillaje se hizo ya imposible y la insurreccion dejó de contar con su primer elemento de vida. Entónces Jacinto Pat concibió el pensamiento de imponer á los sublevados una contribucion, cuyo producto debia ser destinado exclusivamente al objeto indicado. Era la primera vez que se intentaba este recurso durante la guerra, y los sucesos posteriores iban á demostrar muy pronto cuán peligroso era tocar una fibra tan delicada entre los indios.

Existia una antigua rivalidad entre los caudillos orientales y los del sur. Nuestros lectores la han visto estallar

durante los tratados de Tzucacab, y si la necesidad de hacer constantemente la guerra á los blancos, la hizo dormir por mas de un año, no logró nunca extinguirla. En realidad solo necesitaba un pretexto para estallar de nuevo, y la contribucion impuesta por Jacinto Pat, vino á presentárselo oportunamente. Florentino Chan, Venancio Pec y algunos otros caudillos y capitanes de los que mas se habian distinguido en la campaña, supieron explotar con habilidad, el nuevo paso dado por el caudillo sureño, para desconceptuarle entre los sublevados. Y sus esfuerzos se vieron pronto coronados por el éxito mas completo, porque los indios que venian peleando desde 1840 por la baja de los impuestos que pesaban sobre ellos, no estaban dispuestos á consentir en que se estableciese ninguno otro en adelante.

Cuando los conjurados estuvieron seguros de que tendrian de su parte á la mayor parte de los bárbaros, levantaron una fuerza respetable en el oriente y se dirigieron con ella á Tabi, con intencion de aprehender ó mas bien de asesinar á Jacinto Pat. Pero el caudillo sureño estaba ya impuesto de todo, y comprendiendo probablemente que la causa de los conspiradores debia tener un crecido número de adeptos entre los indios, se salió de aquel rancho en los primeros dias de setiembre, seguido de algunos adictos suyos, en su mayor parte blancos, segun se asegura. Parece que dió á esta salida el color de que iba á comprar pertrechos de guerra á Chichanjá, y aun se añade que llevaba consigo cinco mil pesos para emplear en estos objetos. Pero cualquiera que sea la exactitud de este detalle, la verdad es que huía, y que esta fuga iba á proporcionar el triunfo á sus enemigos.

Cuando Venancio Pec y Crescencio Poot que mandaban las fuerzas orientales, llegaron á Tabi y no encontraron á Pat, aprehendieron á Pantaleon Uh y á otros capi-

tanillos que encontraron allí, y en seguida expidieron una circular en que los daban de baja en el ejército de los sublevados. En este documento se hallan extensamente explicadas las causas de la conspiración de que ya hemos hablado; mas como sus autores no estaban seguros de dominar por completo la situación mientras viviese Jacinto Pat, pronto volvieron á emprender la marcha para consumir su obra. El caudillo sureño había tomado la dirección de Bacalar, bien para presentarse á Cetina, como algunos suponen; bien para buscar un refugio en las posesiones inglesas, ó acaso en fin para solicitar el apoyo de los sublevados que asediaban aquella villa. Pero ninguno de estos objetos pudo lograr, porque fué alcanzado por sus perseguidores y sacrificado en la soledad de aquel desierto (12).

Ya hemos anunciado que la desaparición sucesiva de Cecilio Chí y Jacinto Pat introdujo el desconcierto en el campo de los sublevados. Vamos á ver ahora si el gobierno del Estado y nuestras tropas supieron sacar de esta circunstancia todas las ventajas que podían esperarse.

(12) En los boletines oficiales de setiembre y octubre se encuentran varias declaraciones de prisioneros que se hallan contéxtes respecto de los principales detalles que dejamos consignados en el texto.

## CAPITULO XVIII.

1849.

Varias medidas de administracion pública.—Angustias del tesoro.—Cómo vivia en campaña nuestro ejército.—Medios á que apela el gobierno para arbitrar recursos.—Origen de la venta de indios.—Contestaciones entre el gobierno federal y el del Estado con este motivo.—El primero aprueba al fin la extraccion de prisioneros de guerra para la isla de Cuba.—Vuelve á entrar el Estado en el órden constitucional y es electo gobernador D. Miguel Barbachano.—La Legislatura expide un decreto de amnistía y se nombran comisiones eclesiásticas para hacerlo saber á los sublevados y procurar atraerlos á la obediencia del gobierno.

El gobierno venía luchando con todo género de dificultades desde los primeros meses del año. La campaña devoraba hombres y dinero, y el Estado parecía haber agotado ya toda su sávia en alimentar aquella voracidad. Si en los dos años anteriores se contó con el producto de las alhajas de los templos, vendidas ó empeñadas en el extranjero, y con los ciento cincuenta mil pesos que en varias mensualidades envió el gobierno de México, desde Abril de 1849, el Estado ya no pudo echar mano mas que de sus propios recursos para afrontar la situacion.